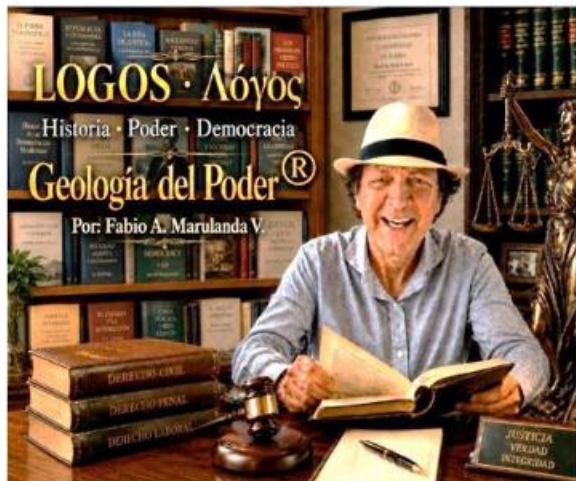


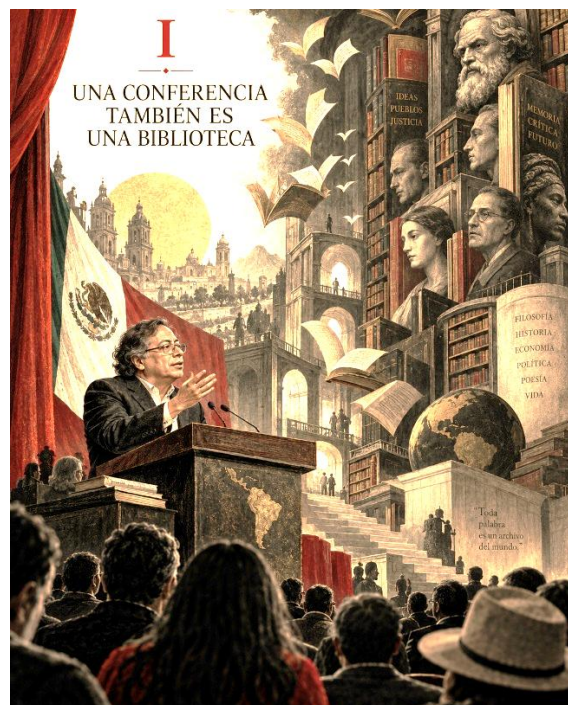
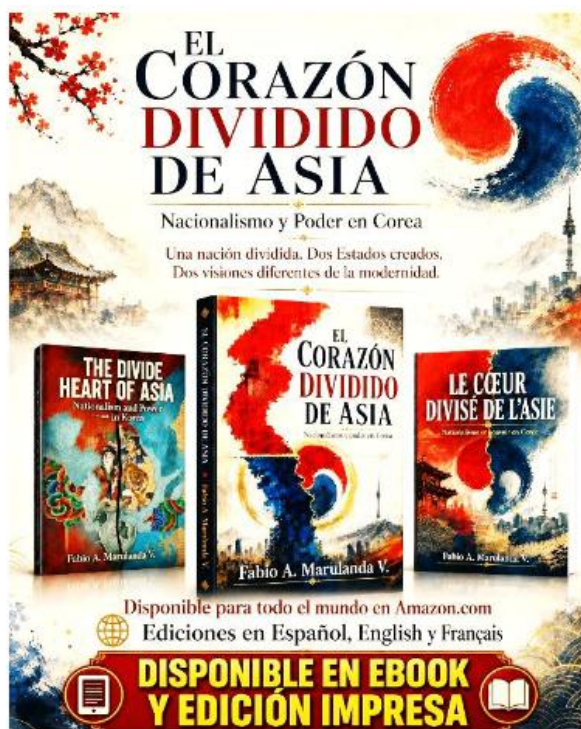


LA BIBLIOTECA INVISIBLE DE GUSTAVO PETRO

De Aristóteles a Palantir: las ideas, los aciertos y los extravíos de un discurso en la UNAM

Fabio A. Marulanda V.***

«Toda noticia tiene una historia. Toda historia tiene una Geología del Poder®»



Hay discursos políticos que se construyen con estadísticas, otros con promesas y algunos —cada vez menos— con libros. Gustavo Petro pertenece a esa extraña especie de dirigente latinoamericano que todavía habla como si detrás del atril hubiera una biblioteca. Puede acertar, exagerar, simplificar o equivocarse, pero sus discursos rara vez son intelectualmente inocentes. Detrás de una frase aparecen autores; detrás de una consigna se adivina una genealogía; detrás de una metáfora asoma alguna vieja discusión filosófica que ha cambiado de ropa para entrar en la política del presente.

Eso ocurrió el 2 de septiembre de 2026 en la UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO. Gustavo Petro, ya expresidente de Colombia, llegó al *Auditorio Alfonso Caso* para dictar una conferencia con un título ambicioso: «**El capital en el siglo XXI: Economía política de la crisis climática**». La UNAM resumió la intervención alrededor de varios ejes: robotización, inteligencia artificial, transformación del trabajo, crisis del neoliberalismo, energía fósil, concentración

El título era ya una provocación intelectual. *El capital en el siglo XXI* pertenece inevitablemente al territorio de THOMAS PIKETTY, cuya monumental investigación sobre la distribución de la riqueza convirtió esa expresión en uno de los títulos económicos más reconocibles de las últimas décadas. THOMAS PIKETTY estudió la concentración patrimonial durante varios siglos y convirtió la desigualdad en una pregunta histórica antes que meramente ideológica. Su famoso $r > g$ sintetiza la posibilidad de que el rendimiento del capital crezca durante largos periodos más rápidamente que la economía, favoreciendo la concentración patrimonial.

Es precisamente allí donde la conferencia se vuelve interesante. No porque tengamos que aceptar sus conclusiones, sino porque permite observar cómo se fabrica hoy un discurso político a partir de materiales intelectuales provenientes de veinticuatro

El resultado es inevitablemente desigual. Hay intuiciones poderosas, simplificaciones considerables y al menos un error histórico evidente. Pero quizás ésa sea precisamente la razón para leer la conferencia con cuidado. Porque las ideas, cuando abandonan los libros y entran en la política, dejan de ser piezas de museo. Son cortadas, adaptadas, traducidas y utilizadas para combatir en otro presente. Toda intervención política construida con historia intelectual produce también sus propias ruinas.

Antes del algoritmo estuvo la plaza.
Antes del capital financiero estuvo la
pregunta sobre qué significa producir

riqueza. Y mucho antes de que existieran Wall Street, las criptomonedas o las plataformas digitales, ARISTÓTELES ya sospechaba que una sociedad podía confundir los medios necesarios para vivir con la acumulación ilimitada de riqueza.

GUSTAVO PETRO recupera esa vieja distinción cuando contrapone *economía* y *crematística*. La referencia no es ornamental. Permite construir uno de los fundamentos morales de toda su conferencia: *la economía debería estar subordinada a la vida y no la vida subordinada a la economía*.

La palabra economía procede del universo del *oikos*, la casa. En el *Libro I de la Política*, ARISTÓTELES estudia las formas mediante las cuales la comunidad doméstica obtiene aquello que necesita para reproducirse. La adquisición tiene allí un límite porque las necesidades humanas, aunque variables, no convierten necesariamente la acumulación en un fin absoluto. Distinta es aquella actividad cuya finalidad termina siendo la riqueza misma. ARISTÓTELES observa que esta forma de adquisición puede volverse ilimitada: el dinero comienza como medio de intercambio y termina convertido en finalidad.

GUSTAVO PETRO traduce esa vieja discusión al lenguaje contemporáneo. De un lado coloca una economía orientada hacia la satisfacción de necesidades humanas; del otro, una lógica de acumulación que ha olvidado aquello para lo cual debía servir. Su argumento sobre la crisis climática nace precisamente allí: cuando la acumulación se convierte en finalidad autónoma, incluso las condiciones físicas que permiten la existencia humana pueden terminar tratadas como variables secundarias.

La operación intelectual funciona porque ARISTÓTELES ofrece una pregunta que sigue siendo incómoda veinticuatro siglos después: *¿cuándo deja la riqueza de ser un medio y comienza a gobernar a quienes supuestamente debía servir?*

Sin embargo, conviene evitar una simplificación. ARISTÓTELES no construyó una oposición infantil entre «economía buena» y «comercio malo». Su reflexión sobre la adquisición es más compleja. Reconoce formas necesarias de intercambio y distingue entre la adquisición subordinada a las necesidades y aquella que transforma la acumulación monetaria en un objetivo sin límite. La diferencia no reside simplemente en comerciar o no comerciar, sino en la finalidad que organiza la actividad económica.

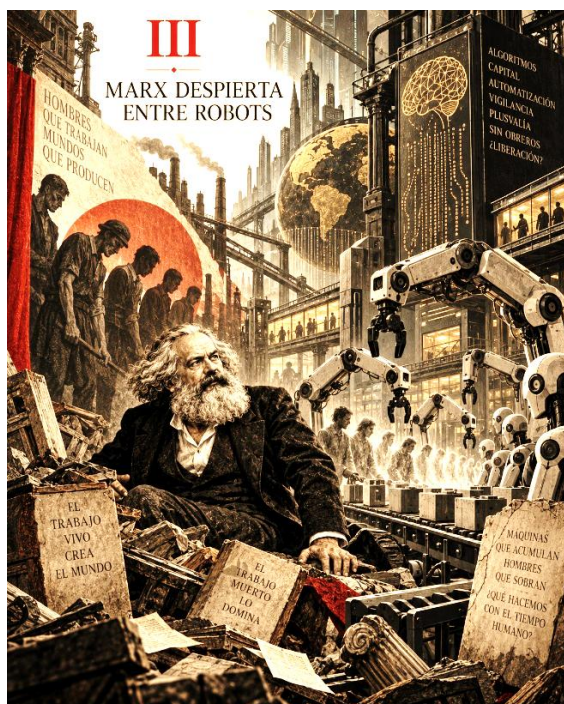
GUSTAVO PETRO endurece esa diferencia porque necesita convertirla en frontera política. Y allí comienza algo que hará durante toda la conferencia: *toma una distinción filosófica, elimina algunos matices y la convierte en una herramienta de diagnóstico histórico*.

No es necesariamente ilegítimo. La política siempre ha hecho eso con la filosofía. El problema aparece cuando olvidamos que la herramienta ha sido modificada.

Pero la elección de ARISTÓTELES tiene una consecuencia particularmente sugerente. Si el problema contemporáneo consiste en una acumulación que ha perdido todo límite, entonces la crisis ecológica puede interpretarse no solamente como fracaso tecnológico, sino como *fracaso de finalidad*. Sabemos producir más, extraer más, transportar más, calcular más y consumir más, pero seguimos teniendo dificultades para responder una pregunta elemental: *¿para qué?*

Es allí donde la conferencia abandona por unos minutos la economía y entra en el terreno de la filosofía moral.

Una civilización puede ser extraordinariamente eficiente en sus medios y profundamente irracional en sus fines.



Después de ARISTÓTELES entra KARL MARX, y con él aparece la estructura conceptual más importante de la conferencia.

GUSTAVO PETRO habla de «trabajo vivo» y «trabajo muerto». La fórmula no es una metáfora accidental. Perteneció al corazón mismo de la crítica marxiana del capital. El trabajo realizado anteriormente queda objetivado en herramientas, instalaciones, máquinas y mercancías; el trabajador presente aporta nueva actividad humana. MARX convirtió esa relación en una de sus imágenes más célebres: el capital como trabajo muerto que sólo puede mantenerse absorbiendo trabajo vivo.

GUSTAVO PETRO traslada aquella imagen desde la fábrica industrial del siglo XIX hasta la inteligencia artificial del XXI.

La máquina de vapor se convierte en robot.

El telar mecánico se convierte en algoritmo.

La fábrica se convierte en plataforma.

El propietario industrial se transforma en propietario del software.

Y la vieja pregunta marxiana regresa con otro vocabulario: ¿qué ocurre cuando

una cantidad creciente de trabajo pasado, incorporado ahora en sistemas tecnológicos extraordinariamente complejos, sustituye cantidades cada vez mayores de trabajo humano presente?

La propia reseña de la UNAM recoge el núcleo del argumento. GUSTAVO PETRO sostuvo que después de la pandemia se aceleró la robotización y afirmó que el aumento del trabajo «muerto» por encima del trabajo «vivo», aunque suele presentarse como progreso, podía constituir para él un «síntoma de la extinción». También vinculó inteligencia artificial, sobreproducción y concentración del capital en pocas manos.

Aquí GUSTAVO PETRO pisa un terreno genuinamente marxiano, pero enseguida construye una derivación propia.

Si las máquinas producen más y los trabajadores disminuyen, pregunta implícitamente, ¿quién comprará las mercancías? El robot puede fabricar un automóvil, pero no necesita automóvil. El algoritmo puede multiplicar la productividad, pero no posee salario. Una sociedad que sustituye masivamente trabajadores por máquinas puede aumentar su capacidad productiva mientras erosiona simultáneamente la fuente salarial que sostiene buena parte del consumo.

La intuición recuerda las viejas discusiones marxistas sobre realización, crisis y sobreproducción, pero no debe confundirse con una predicción mecánica de MARX sobre inteligencia artificial. Aquí quien está hablando ya no es MARX: *es GUSTAVO PETRO utilizando categorías de MARX para pensar un fenómeno que MARX jamás pudo conocer.*

Y esta diferencia importa.

Una de las tentaciones recurrentes de la política consiste en convocar a los muertos como testigos de problemas que nunca vieron. MARX puede proporcionar conceptos extraordinariamente fértiles para estudiar automatización, pero no escribió una teoría

de ChatGPT, de Palantir o de los modelos generativos. Aplicar una categoría no equivale a encontrar una profecía.

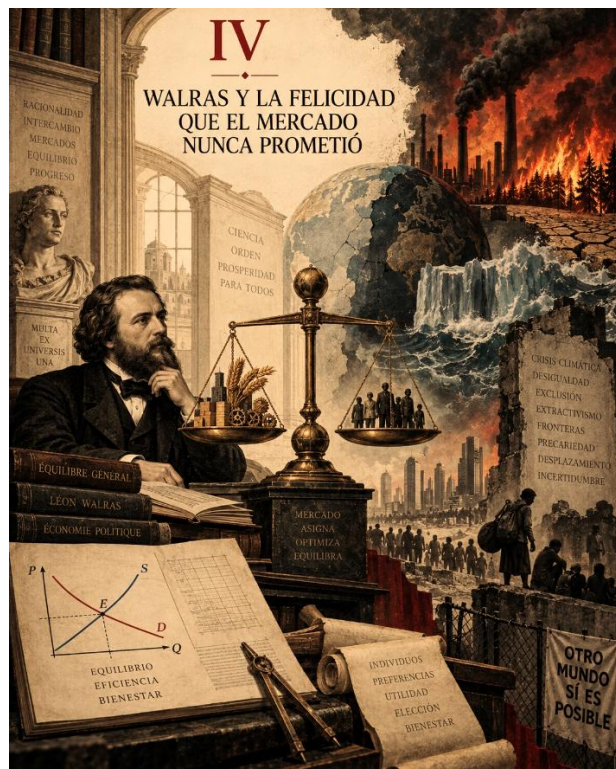
Aun así, la pregunta de GUSTAVO PETRO merece atención porque contiene uno de los dilemas centrales del siglo XXI. Durante dos siglos imaginamos la automatización como liberación del esfuerzo físico. Si una máquina podía realizar el trabajo más pesado, el ser humano tendría más tiempo para vivir. Era una promesa emancipatoria.

Pero dentro de determinadas estructuras económicas, la misma máquina puede producir otro resultado: *quien controla la automatización captura sus beneficios mientras quien pierde el empleo conserva únicamente la libertad de haber sido sustituido.*

El problema, entonces, no es la máquina.

El problema es la propiedad de la máquina.

Y allí MARX vuelve a resultar incómodamente contemporáneo.



Toda biblioteca necesita un adversario. En la de GUSTAVO PETRO ese papel lo desempeña LÉON WALRAS.

El economista francosuizo del siglo XIX es uno de los grandes fundadores de la teoría del equilibrio general. Su proyecto buscó explicar matemáticamente la interdependencia de numerosos mercados: precios, cantidades ofrecidas y demandadas y condiciones bajo las cuales esos mercados podían alcanzar simultáneamente un equilibrio. El desarrollo posterior de esa tradición conduciría, décadas después, hacia formulaciones mucho más rigurosas, entre ellas las demostraciones asociadas a ARROW y DEBREU. Una reconstrucción académica de la propia UNAM sitúa precisamente el equilibrio general walrasiano en el centro de la tradición neoclásica y distingue posteriormente la demostración de existencia realizada por ARROW y DEBREU en 1954.

GUSTAVO PETRO resume todo ese universo bajo una fórmula mucho más sencilla: *el mercado libre produciría equilibrio y, mediante ese equilibrio, máximo bienestar.*

Entonces introduce la crisis climática como refutación histórica.

Si el mercado conduce naturalmente al bienestar —viene a decir—, *¿cómo explicar que una economía mundial organizada alrededor del mercado pueda estar destruyendo las condiciones naturales de su propia existencia?* La UNAM recogió una de sus frases más contundentes: *el mercado libre y capitalista, «en vez de llevarnos a la felicidad», estaría llevando «a la muerte de todo lo viviente».*

La frase funciona extraordinariamente bien en un auditorio.

El problema es que funciona bastante peor en un seminario de historia del pensamiento económico.

WALRAS no formuló un sencillo «teorema de la felicidad». El equilibrio general, «la eficiencia de Pareto» y los

llamados teoremas fundamentales de la economía del bienestar pertenecen a una genealogía intelectual relacionada pero no idéntica. Convertirlos a todos en una única proposición según la cual «*el mercado libre maximiza la felicidad*» simplifica hasta deformar una tradición teórica enormemente compleja.

Hay además una diferencia crucial entre «*eficiencia y justicia*».

Una distribución puede ser eficiente en determinado sentido económico y continuar siendo escandalosamente desigual. Una sociedad en la que una persona posee casi todo y millones poseen muy poco no se vuelve justa simplemente porque resulte difícil mejorar a alguien sin modificar la posición de otro.

Tampoco las externalidades ambientales desaparecen porque exista un mercado. Precisamente buena parte de la economía contemporánea reconoce que contaminación, emisiones y degradación ecológica pueden constituir fallas de mercado cuando los precios privados no incorporan adecuadamente los costos sociales.

Esto significa que Petro tiene una pregunta válida y un adversario demasiado simplificado.

Su pregunta es formidable:

¿puede llamarse eficiente una civilización que produce riqueza destruyendo las condiciones ecológicas que permiten producirla?

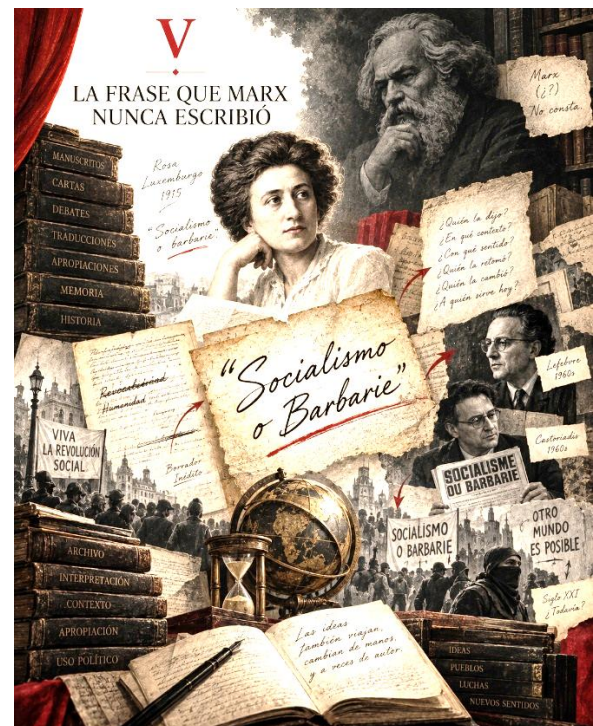
Pero atribuir la contradicción completa a «*WALRAS*» convierte varios siglos de pensamiento económico en una caricatura.

Quizás hubiera sido más poderoso hacer lo contrario: reconocer los matices de la teoría económica y mostrar que incluso dentro de ella existen herramientas para demostrar por qué un mercado sin instituciones, restricciones y costos ambientales correctamente incorporados puede producir resultados desastrosos.

Una crítica se vuelve más fuerte cuando el adversario aparece en su mejor versión.

Derrotar una caricatura proporciona aplausos.

Derrotar un argumento proporciona conocimiento.



Toda genealogía intelectual tiene fantasmas. En la conferencia de GUSTAVO PETRO, el más importante se llama ROSA LUXEMBURGO.

Según la reconstrucción publicada después de la intervención, GUSTAVO PETRO comenzó desde MARX y le atribuyó como «última frase» la conocida disyuntiva:

«socialismo o barbarie».

El problema es sencillo: MARX no escribió esa frase como su última sentencia.

Ni siquiera es correcto reconocerlo como autor de la fórmula.

La expresión está asociada fundamentalmente con ROSA LUXEMBURGO, quien la utilizó durante la *Primera Guerra*

Mundial en el llamado *Folleto Junius*. LUXEMBURGO sostenía que la historia no garantizaba automáticamente el triunfo socialista: la civilización podía avanzar hacia una transformación emancipadora o hundirse en la barbarie. Ese punto era precisamente una negación del determinismo histórico. La *Stanford Encyclopedia of Philosophy* subraya ese carácter antideterminista de la fórmula en el pensamiento luxemburguista.

La historia tiene, además, una ironía deliciosa.

LUXEMBURGO atribuyó la idea a FRIEDRICH ENGELS.

Pero todo indica que tampoco ENGELS escribió exactamente la fórmula.

El investigador IAN ANGUS rastreó un antecedente sorprendentemente cercano en KARL KAUTSKY, quien en 1892 planteó que la civilización capitalista no podía continuar indefinidamente y que la humanidad debía avanzar hacia el socialismo o retroceder hacia la barbarie. LUXEMBURGO probablemente recordó la idea décadas después y la atribuyó de memoria a ENGELS.

La genealogía correcta resulta entonces mucho más entretenida que la versión de GUSTAVO PETRO:

KAUTSKY formula una disyuntiva.

LUXEMBURGO la recuerda y la atribuye a ENGELS.

La tradición política termina asociándola con LUXEMBURGO.

GUSTAVO PETRO finalmente la atribuye a MARX.

Una frase viaja durante más de un siglo y cambia de propietario en cada frontera.

Pero el error es paradójico porque *la argumentación de GUSTAVO PETRO es mucho más luxemburguista de lo que él mismo parece advertir.*

GUSTAVO PETRO rechaza la idea de una historia predeterminada. Habla de la humanidad como un río capaz de tomar diferentes cauces. No existe garantía

automática del progreso. La tecnología puede liberar o dominar. La crisis económica puede producir transformación democrática o autoritarismo. La inteligencia artificial puede ampliar capacidades humanas o concentrar niveles inéditos de poder.

Eso es exactamente lo interesante de «*socialismo o barbarie*»: no anuncia un destino; describe una bifurcación.

GUSTAVO PETRO incluso actualiza la fórmula. Ya no quiere limitar el conflicto a socialismo contra barbarie. Su frontera política se desplaza hacia algo que considera más profundo:

humanidad o barbarie.

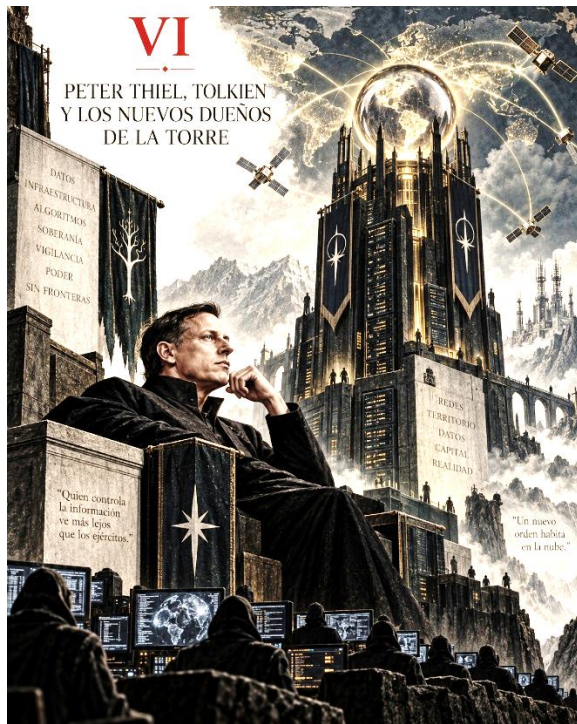
vida o extinción.

La clase social deja de ser la única unidad del conflicto. La especie entra en escena.

Puede discutirse si ese desplazamiento diluye el contenido concreto de las contradicciones económicas. Pero intelectualmente la transformación es evidente: GUSTAVO PETRO intenta trasladar una vieja alternativa socialista hacia una *política planetaria de supervivencia*.

Y allí ROSA LUXEMBURGO aparece sin haber sido invitada.

A veces el autor ausente es quien mejor explica el discurso.



Hasta este punto la conferencia puede leerse dentro de la historia clásica del pensamiento económico. ARISTÓTELES, MARX y WALRAS son habitantes conocidos de las facultades universitarias.

Entonces aparece PETER THIEL.

Y la biblioteca se convierte en centro de datos.

THIEL es una figura particularmente adecuada para el argumento de GUSTAVO PETRO porque permite reunir capital, tecnología, información y crítica de la democracia en una sola persona. Cofundador de *PayPal* y de *Palantir Technologies*, pertenece a un universo empresarial en el cual el software no es solamente una herramienta productiva: es infraestructura capaz de organizar enormes cantidades de información.

GUSTAVO PETRO le atribuye una idea inquietante: que democracia y libertad pueden resultar incompatibles.

En este punto la referencia tiene fundamento documental. En 2009, en *The Education of a Libertarian*, THIEL escribió que ya no creía que “*freedom and democracy are compatible*”. Su concepto de libertad,

naturalmente, procede de una tradición libertaria específica y no significa simplemente la libertad en todos sus sentidos posibles. Pero la frase existe y la preocupación de GUSTAVO PETRO no nace de una invención.

Desde allí el discurso construye uno de sus saltos más importantes.

El viejo propietario controlaba tierras.

El industrial controlaba fábricas.

El financiero controlaba capital.

El nuevo poder tecnológico puede controlar *datos*.

Y los datos poseen una característica distinta de la tierra o de la fábrica: permiten conocer patrones de conducta, relaciones, desplazamientos, preferencias, redes sociales y probabilidades futuras. Quien posee capacidad suficiente para ordenar enormes cantidades de información no solamente observa lo que ocurrió. Puede intentar anticipar lo que ocurrirá.

Aquí entra *Palantir*.

El nombre procede del mundo imaginado por J. R. R. TOLKIEN. Los palantíri eran piedras videntes que permitían observar acontecimientos a distancia y establecer comunicación entre lugares separados. Que una empresa dedicada al análisis de grandes volúmenes de información adopte ese nombre constituye una metáfora empresarial extraordinariamente transparente: *ver aquello que otros no pueden ver*.

Pero *Tolkien* también proporciona una advertencia involuntaria.

En *El Señor de los Anillos*, ver más no significa necesariamente comprender mejor. La visión puede ser parcial, manipulada o utilizada para inducir conclusiones equivocadas. El poder de observar no elimina el problema de la interpretación.

Eso resulta sorprendentemente contemporáneo.

Un algoritmo puede procesar millones de datos y seguir produciendo una conclusión equivocada. Puede detectar una correlación

que no constituye causalidad. Puede clasificar a una persona dentro de una categoría estadística que no describe su realidad. Puede convertir probabilidades en sospechas y sospechas en decisiones.

El problema político aparece cuando esas decisiones dejan de ser meras recomendaciones comerciales y comienzan a afectar crédito, empleo, seguridad, migración, vigilancia, campañas electorales o acción estatal.

GUSTAVO PETRO denomina a este fenómeno «tecnofascismo».

El concepto es discutible y requiere mucha más precisión de la que permite una conferencia. No todo uso político de la tecnología es fascismo; no toda concentración de datos conduce inevitablemente al totalitarismo; no todo empresario tecnológico constituye un arquitecto de una dictadura digital.

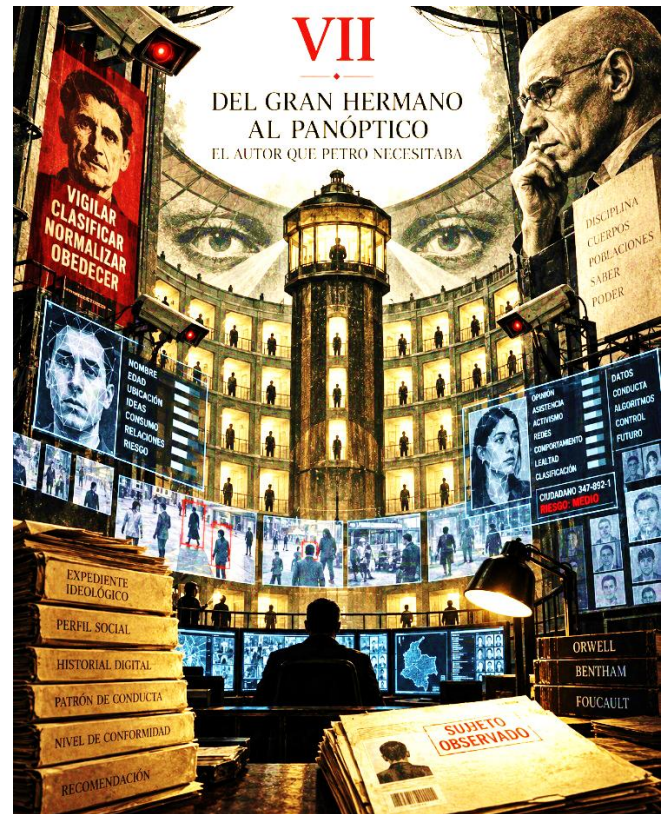
Pero detrás de la hipérbole existe una pregunta que las democracias no pueden ignorar:

¿qué sucede cuando la infraestructura que organiza una parte creciente de nuestra vida pública pertenece a actores privados cuyo poder tecnológico supera la capacidad regulatoria de muchos Estados?

La fábrica producía mercancías.

La plataforma también produce comportamiento.

Y quizás allí comienza una forma diferente de economía política.



Cuando GUSTAVO PETRO lleva su argumentación hacia la vigilancia, la imagen inevitable es GEORGE ORWELL.

El libro 1984 proporcionó al siglo XX una de sus metáforas políticas más persistentes: el *Gran Hermano* que observa, la telepantalla que transmite y vigila simultáneamente, el lenguaje manipulado para restringir aquello que puede pensarse, la historia reescrita para controlar el presente.

En la era de teléfonos inteligentes, cámaras, reconocimiento facial y rastros digitales permanentes, GEORGE ORWELL parece estar siempre esperando que alguien lo cite.

Pero GUSTAVO PETRO utiliza también otra palabra: *panóptico*.

Y allí la genealogía cambia.

El Panóptico no nació con ORWELL. Fue concebido por JEREMY BENTHAM a finales del siglo XVIII como un diseño institucional que permitía observar a numerosos individuos desde una posición

central. Su particular eficacia consistía en que el vigilado no necesitaba saber si estaba siendo observado en ese momento. La posibilidad permanente de vigilancia podía inducirlo a regular su propia conducta.

Casi dos siglos después, MICHEL FOUCAULT tomó aquel proyecto arquitectónico y lo convirtió en una de las imágenes centrales de su libro «*Vigilar y castigar*».

El poder moderno, explicó FOUCAULT, no opera exclusivamente mediante prohibición, violencia o castigo espectacular. También observa, clasifica, examina, compara, registra y normaliza. El individuo se transforma en un «caso» (Expediente); el conocimiento producido sobre él se convierte simultáneamente en instrumento de poder. La lectura foucaultiana del Panóptico muestra precisamente cómo la posibilidad de observación permanente puede producir sujetos que terminan vigilando su propio comportamiento.

Y aquí aparece quizás la ausencia intelectual más interesante de toda la conferencia.

GUSTAVO PETRO necesitaba más a MICHEL FOUCAULT que a GEORGE ORWELL.

ORWELL permite imaginar la dictadura que observa.

FOUCAULT permite analizar la sociedad que *produce conocimiento mientras observa*.

La diferencia es fundamental.

El *Gran Hermano* tiene rostro.

El poder algorítmico puede no tenerlo.

No necesita un dictador sentado frente a diez mil pantallas. Puede funcionar mediante bases de datos, métricas, perfiles de riesgo, sistemas de recomendación, puntajes, probabilidades y protocolos administrativos. Nadie tiene que ordenar personalmente cada decisión. El mecanismo puede estar incorporado en el sistema.

Ésa es precisamente la transformación que FOUCAULT permite comprender.

Durante siglos el poder quiso saber quién eras.

El poder digital quiere además calcular *qué probablemente harás*.

La mutación es profunda.

El expediente judicial registraba el pasado.

El algoritmo intenta anticipar el futuro.

El archivo decía: esto ocurrió.

El modelo predictivo dice: esto podría ocurrir.

Y en esa diferencia aparentemente pequeña aparece una nueva frontera de la libertad.

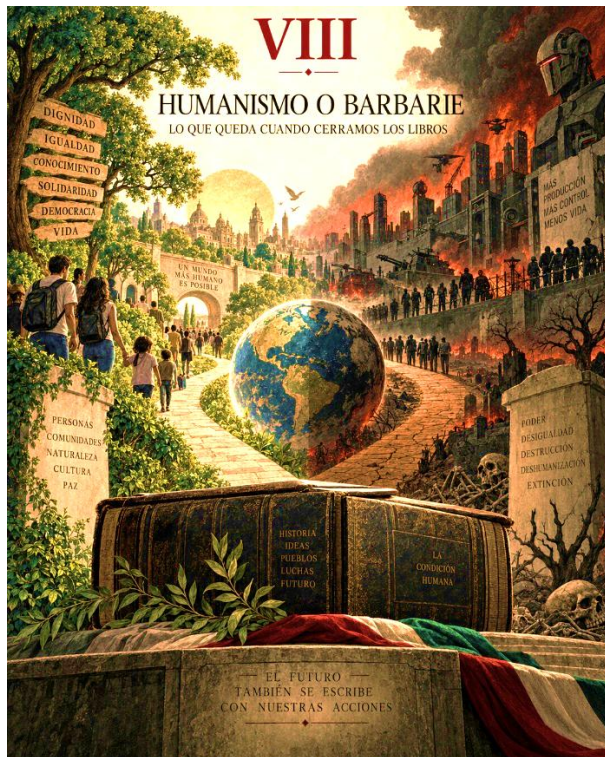
Porque podemos defendernos relativamente bien de una acusación basada en un hecho. Resulta mucho más difícil defenderse de una clasificación construida mediante probabilidades que desconocemos, utilizando datos que quizás nunca supimos que alguien estaba reuniendo.

GUSTAVO PETRO llama a ese horizonte «*tecnofascismo*».

FOUCAULT probablemente habría sido más prudente con la palabra y más inquietante con la descripción.

El poder más eficaz no siempre necesita uniformes.

A veces solamente necesita una base de datos.



Al terminar el recorrido queda una pregunta inevitable: ¿qué clase de discurso pronunció GUSTAVO PETRO en la UNAM?

No fue una conferencia marxista convencional.

Tampoco fue simplemente una conferencia sobre cambio climático.

Mucho menos una exposición sistemática de historia del pensamiento económico.

Fue un intento de construir una «*teoría política del presente*» utilizando fragmentos provenientes de tradiciones intelectuales diferentes.

De ARISTÓTELES toma la sospecha frente a la acumulación sin límite.

De MARX, la relación entre capital y trabajo y la imagen del trabajo muerto dominando al trabajo vivo.

De WALRAS fabrica el representante de una economía que confía excesivamente en la capacidad autorreguladora del mercado.

De LUXEMBURGO —aunque la atribuya erróneamente a MARX— hereda la idea de una historia abierta entre alternativas civilizatorias.

De THIEL obtiene la figura del capital tecnológico que comienza a desconfiar abiertamente de la democracia.

De TOLKIEN recibe la piedra que todo lo observa.

De ORWELL toma la distopía.

De BENTHAM, aunque no siempre sea nombrado, aparece el dispositivo de vigilancia.

Y de FOUCAULT, aun cuando su nombre pueda quedar fuera del escenario, surge la pregunta más profunda sobre la relación entre conocimiento, clasificación y poder.

El resultado tiene errores. El más evidente es atribuir «*socialismo o barbarie*» a la última frase de MARX. La presentación de WALRAS condensa excesivamente equilibrio, bienestar y mercado. La utilización de conceptos como «*tecnofascismo*» necesita todavía una definición mucho más rigurosa para no convertirse en una palabra capaz de significar cualquier cosa y, precisamente por eso, terminar significando muy poco.

Pero reducir toda la conferencia a esas equivocaciones sería cometer el error contrario.

Hay una operación intelectual que merece ser observada.

Durante buena parte del siglo XX, la izquierda organizó su relato alrededor de una contradicción fundamental:

capital contra trabajo.

GUSTAVO PETRO intenta desplazarla hacia otra:

capital contra vida.

No significa que desaparezcan los trabajadores, la desigualdad o la propiedad. Significa que la contradicción se amplía hasta incorporar los límites físicos del planeta. El capital ya no sería problemático solamente porque distribuye de manera desigual riqueza y poder, sino porque determinado régimen de acumulación puede entrar en conflicto con las condiciones ecológicas que permiten la vida.

Esa mutación explica por qué la palabra final ya no puede ser simplemente socialismo.

GUSTAVO PETRO habla de *humanismo*.

Es una elección reveladora.

«*Socialismo o barbarie*» pertenecía a un mundo organizado alrededor de clases, industrialización y revolución.

«*Humanismo o barbarie*» intenta hablar a una época definida por crisis climática, inteligencia artificial, migraciones, guerras, concentración tecnológica y posibilidad de extinción.

Puede considerarse una ampliación o una dilución. Dependerá de quien la lea.

Pero hay allí una intuición que atraviesa toda la conferencia: *la tecnología no resolverá por sí misma el problema político porque la tecnología siempre entra en una estructura de propiedad, intereses y poder*.

Una inteligencia artificial no tiene ideología en el sentido humano del término.

Pero alguien decide quién la construye.

Alguien dispone de los datos.

Alguien financia la infraestructura.

Alguien define los objetivos.

Alguien obtiene los beneficios.

Alguien establece los límites.

Y alguien puede utilizar sus resultados para tomar decisiones sobre los demás.

La pregunta decisiva del siglo XXI quizá no sea entonces si las máquinas llegarán a pensar como nosotros.

Tal vez sea mucho más inmediata:

¿quién tendrá el poder de decidir qué deben hacer las máquinas con nosotros?

En eso la conferencia de GUSTAVO PETRO trasciende finalmente a GUSTAVO PETRO.

Porque se puede discrepar de su lectura de MARX, corregir su WALRAS, devolver «*socialismo o barbarie*» a la genealogía de LUXEMBURGO y KAUTSKY, matizar su utilización del fascismo y discutir durante horas las virtudes y defectos del mercado.

Después de todas esas correcciones, el problema continúa allí.

Estamos construyendo máquinas capaces de observar más, calcular más y producir más que cualquier generación anterior mientras seguimos utilizando instituciones políticas diseñadas cuando un archivo era un cuarto lleno de papeles.

La velocidad tecnológica y la velocidad democrática ya no son iguales.

Y ésa puede ser una de las fracturas decisivas de nuestro tiempo.

PARA SEGUIR PENSANDO

Quizás la verdadera importancia de aquella conferencia en México no esté en determinar cuántas veces GUSTAVO PETRO interpretó correctamente a MARX o cuántas simplificó a WALRAS. Tampoco en decidir si su concepto de «*tecnofascismo*» sobrevivirá al examen académico.

Lo interesante ocurre en un nivel más profundo.

Un político latinoamericano reunió en una misma conversación a un filósofo griego, un revolucionario alemán, un economista francosuízo, una revolucionaria polaca, un escritor británico, un filósofo francés, un novelista de fantasía y un multimillonario de Silicon Valley.

Los reunió porque sospecha que todos ellos, de maneras distintas, pueden ayudarnos a comprender una misma pregunta:

¿quién gobierna cuando la riqueza, la información y la capacidad de observar comienzan a concentrarse en las mismas manos?

Ésa es una pregunta mucho más antigua que la inteligencia artificial.

ARISTÓTELES la habría reconocido.

MARX también.

FOUCAULT habría añadido que no basta con preguntar quién posee el poder: debemos averiguar cómo circula, cómo produce saber

y cómo termina instalándose incluso dentro de nosotros.

Tal vez allí esté *la verdadera biblioteca invisible* de GUSTAVO PETRO.

No en los nombres que pronuncia correctamente, sino en las relaciones que intenta construir entre ellos.

Porque los discursos también tienen estratos.

Debajo de una frase política puede encontrarse una teoría económica.

Debajo de ella, una vieja disputa filosófica.

Más abajo, una concepción del poder.

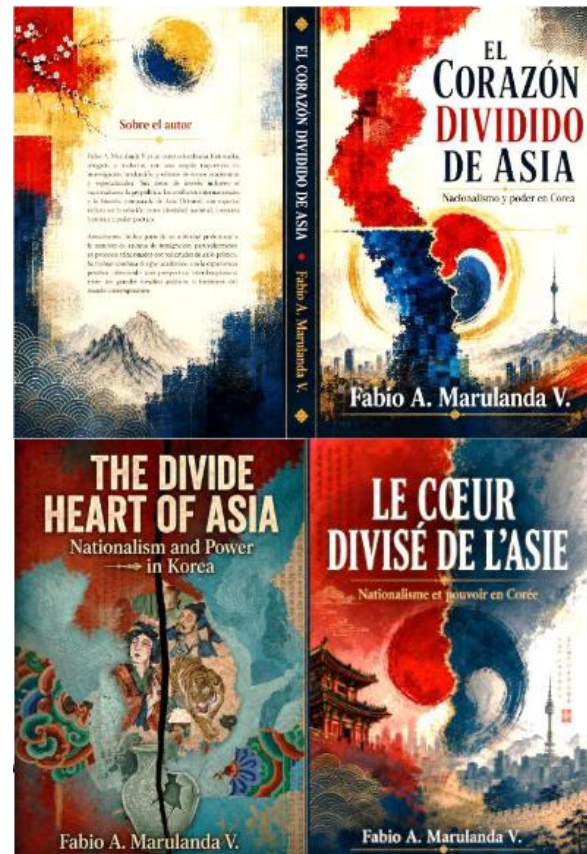
Y todavía más abajo, casi enterrada, la pregunta que acompaña a las sociedades desde que comenzaron a organizarse:

¿cuánto poder estamos dispuestos a entregar a cambio de aquello que llamamos progreso?

Toda noticia tiene una historia.

Toda historia tiene una geología.

Y algunas veces, detrás del algoritmo, todavía se escucha el ruido de una biblioteca.



- *** Fabio A. Marulanda V.
- ☆Historiador. Universidad Nacional de Colombia-UNAL.
- ☆Abogado. Universidad Autónoma Latinoamericana-UNAULA.
- ☆Traductor. Universidad de Antioquia-UDEA.
- ☆Maestrando. Derecho Penal Internacional y Transnacional. Universidad de La Rioja-UNIR, España.

